

hemos sufrido, que la extrema resolucion con que procuramos evitarlos.

»Que cada uno repase su memoria y todos acudireis á las armas.

»Hollada la ley fundamental; convertida siempre antes en celada que en defensa del ciudadano; corrompido el sufragio por la amenaza y el soborno; dependiente la seguridad individual, no del derecho propio, sino de la irresponsable autoridad de cualquiera de las autoridades; muerto el municipio; pasto la administracion y la Hacienda de la inmoralidad y del ágio; tiranizada la enseñanza; muda la prensa y solo interrumpido el universal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas improvisadas, del nuevo negocio, de la nueva real órden encaminada á defraudar al Tesoro público, de títulos de Castilla vilmente prodigados, del alto precio, en fin, á que logran su venta la deshonor y el vicio. Tal es la España de hoy. Españoles, ¿quién la aborrece tanto que se atreva á exclamar: así ha de ser siempre?

»No, no será: ya basta de escándalos.

»Desde estas murallas, siempre fieles á nuestra libertad é independencia, depuesto todo interés de partido, atentos solo al bien general, os llamamos á todos á que seais partícipes de la gloria de realizarlo. Nuestra heroica marina, que siempre ha permanecido extraña á nuestras diferencias interiores, al lanzar la primera el grito de protesta, bien claramente demuestra que no es un partido el que se queja, sino que los clamores salen de las entrañas mismas de la patria. No tratamos de deslindar los campos políticos. Nuestra empresa es más alta y más sencilla. Peleamos por la existencia y el decoro.

»Queremos que una legalidad comun, por todos creada, tenga implícito y constante el respeto de todos.

»Queremos que el encargado de observar la Constitucion no sea su enemigo irreconciliable.

»Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en alta voz delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas; queremos vivir la vida de la honra y de la libertad.

»Queremos que un Gobierno provisional que represente todas las fuerzas vivas del país asegure el órden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneracion política.

»Contamos para realizar nuestro inquebrantable propósito con el concurso de todos los liberales, unánimes y compactos ante el comun peligro; con el apoyo de las clases acomodadas, que no querrán que el fruto de sus sudores siga enriqueciendo la interminable série de agiotistas y favoritos; con los amantes del órden, si quieren verlo establecido sobre las firmísimas bases de la moralidad y del derecho; con los ardientes partidarios de las libertades individuales, cuyas aspiraciones pondremos bajo el amparo de la ley; con el apoyo de los ministros del altar, interesados antes que nadie en cegar en su origen las fuentes del vicio y del mal ejemplo; con el pueblo todo, y con la aprobacion, en fin, de la Europa en-

tera; pues no es posible que en el consejo de las naciones se haya decretado ni se decrete que España ha de vivir envilecida.

»Rechazamos el nombre que ya nos dan nuestros enemigos; rebeldes son, cualquiera que sea el puesto en que se encuentren, los constantes violadores de todas las leyes, y fieles servidores de su patria los que, á despecho de todo linaje de inconvenientes, la devuelven su respeto perdido.

»Españoles; acudid todos á las armas, único medio de economizar la efusion de sangre; y no olvideis que en estas circunstancias en que las poblaciones van sucesivamente ejerciendo el gobierno de sí mismas, dejan escritos en la Historia todos sus instintos y cualidades con caracteres indelebles. Sed, como siempre, valientes y generosos. La única esperanza de nuestros enemigos consiste ya en los excesos á que desean vernos entregados. Desesperémoslos desde el primer momento, manifestando con nuestra conducta que siempre fuimos dignos de la libertad que tan inicuaamente nos han arrebatado.

»Acudid á las armas, no con el impulso del encono, siempre funesto; no con la fúria de la ira, siempre débil, sino con la solemne y poderosa serenidad con que la justicia empuña su espada.

»¡Viva España con honra! Cádiz 19 de Setiembre de 1868.—Duque de la Torre.—Juan Prim.—Domingo Dulce.—Francisco Serrano Bedoya.—Ramon Nouvilas.—Rafael Primo de Rivera.—Antonio Caballero de Rodas.—Juan Topete.»

El anterior documento ya no tiene punto alguno de contacto con los copiados más arriba; ya el pronunciamiento se declara ostensiblemente contra la reina. El brigadier Topete dió un paso terrible en la resbaladiza pendiente en que se habia colocado. No se prestó al principio á firmar la proclama del 19; fué necesario, para que se decidiera á hacerlo, que le convencieran de que Isabel II era el único obstáculo para que en España hubiese honra y libertad, y que se le asegurara que no peligraria la religion de nuestros padres ni se atacaria á la unidad católica. Los firmantes de esta última proclama no se pusieron de acuerdo respecto de solucion monárquica; cada uno tenia distintas aspiraciones y compromisos; pero era opinion unánime que habia para el porvenir una solucion que armonizase todas las opiniones, y esa solucion era la exaltacion al trono del príncipe D. Alfonso con la regencia de duque de Montpensier. Lo único que entonces se acordó fué prepararse para la lucha y apresurar las operaciones para sorprender al gobierno antes de que tuviese tiempo de conocer el mal y medir su alcance.

Como eran muchos los elementos revolucionarios con que contaban en diferentes provincias, esperaban los generales sublevados que el país responderia á su llamamiento, y en efecto, algunos pueblos respondi-

ron, siendo el primero la hermosa capital de Andalucía, la perla del Guadalquivir.

Era, como hemos dicho, segundo cabo el general Izquierdo, el infatigable perseguidor de liberales en Agosto de 1867, y como en la desgracia se olvidan agravios y se estrechan amistades fácilmente, contaba aquel jefe militar, para sublevarse, con algunos patriotas de la expresada ciudad, no muchos, porque no queria dar publicidad á sus proyectos, é ignoraba si antes ó despues del triunfo seria necesario contar con el pueblo; pero la insurreccion militar la tenia perfectamente organizada, siendo sus principales auxiliares el brigadier Peralta, el auditor de guerra Sr. Urbina, el intendente militar Sr. Justiniani y el coronel Anguita.

La noticia del pronunciamiento de Cádiz produjo cierta alarma en la poblacion, é Izquierdo comprendió que era aquella la oportunidad de dar el grito de insurreccion. Sus agentes lo tenían todo preparado; los cuerpos aguardaban en sus cuarteles la señal convenida; solo faltaba el general Izquierdo, que se hallaba en el despacho del general Vasalo, capitán general de Andalucía, quien consultaba con su segundo las medidas que deberian adoptarse para que el movimiento de Cádiz no se extendiera por el territorio de su mando, interin llegaban instrucciones del gobierno. El digno capitán general observó que Izquierdo tenia el ánimo conturbado y que dos ó tres veces fué llamado á la antesala con algunas reservas. Un aviso llegado al capitán general en el momento en que empezaba á tener sospechas de Izquierdo, le decidió á ir en persona á visitar los cuarteles, acompañado del segundo cabo: fué á otra habitacion con objeto de ponerse el uniforme, y cuando á los pocos minutos volvió á su despacho, ya Izquierdo habia desaparecido. Salió inmediatamente el general Vasalo y se vió aislado; solo era fiel la artillería, y como nada le decia el gobierno y se aseguraba que la Revolucion habia triunfado en toda España, resignó el mando en el general Izquierdo.

Hemos presentado los hechos; juzguen ahora nuestros lectores respecto del pronunciamiento ocurrido en Sevilla el 19 de Setiembre.

Mientras esto sucedia en la capital de Andalucía, la marina se pronunciaba en el Ferrol sin bandera alguna y sin aspiraciones concretas: vieron á sus compañeros de Cádiz empeñados en una empresa arriesgada, y apoyaron [por espíritu de clase una insurreccion de que solo tenían noticia el brigadier Beranger y otros tres ó cuatro oficiales de los que residian en el Ferrol.

Alicante, Santander, Santoña y Alcoy se pronunciaron tambien; pero los movimientos fueron sofocados, no sin haberse derramado mucha sangre, que lamentamos de todo corazon, y de la cual tienen culpa vencidos y vencedores, por más que unos y otros crean que en cada uno de ellos están vinculados el patriotismo y el amor al pueblo.

Entre tanto el general Prim, que salió de Cádiz á los dos dias de su llegada, se dirigió por el litoral del Mediterráneo á sublevar las poblaciones más importantes de la costa.

En 28 de Setiembre toda la Andalucía, el Ferrol y Santoña estaban en poder de los sublevados.

El mismo dia obtuvo la Revolucion un triunfo en la industriosa ciudad de Béjar, que tres dias antes se habia pronunciado.

El brigadier Nanneti, jefe de una columna de más de 1.000 hombres entre caballería, infantería y artillería, se dirigió de orden del gobierno á la ciudad, con objeto de atacarla. Las primeras avanzadas, que quisieron entrar por la puerta de la villa y Campo-Pardo, fueron rechazadas por el arrojado de los paisanos, á quienes mandaba un oficial retirado. Quiso Nanneti hacer fuego con dos piezas de artillería que llevaba á sus órdenes, pero tuvo que renunciar por el momento á este propósito por haberse inutilizado una de ellas y necesitar la otra una pequeña compostura; la lucha continuó sin embargo, dándose por ambas partes señaladas muestras de valor, y siendo las tropas rechazadas á pesar del vivo fuego de fusilería y artillería que por la tarde hizo la columna. Las pérdidas de los paisanos fueron de cuatro muertos y diez y siete heridos, y las de los sitiadores mucho más considerables.

Cuéntase que las tropas, antes de abandonar el arrabal de la Corredera, cometieron terribles excesos en las casas y en las personas. No está todavía justificada esta acusacion, que creemos se ha exagerado cuando ménos; pero si sobre este asunto no tenemos datos irrefutables, otro hecho está justificado y debemos consignar con gusto.

Los bejaranos trataron con generosidad á los 66 soldados que hicieron prisioneros, siendo puestos en libertad á los pocos dias, sin que sepamos hayan sufrido insultos ni ofensas de ninguna clase.

## II.

Al llegar á Madrid la noticia del pronunciamiento de la marina en Cádiz, se hallaba en San Sebastian al lado de la reina el presidente del Consejo de ministros,







LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



CHESTE.



NOVALICHES.



M. DE LA CONCHA.



LERSUNDI.

HISTORIA  
DE

1868

LA  
REVOLUCION



quien, en vista de la gravedad de las circunstancias, aconsejó á S. M. nombrase para jefe del gabinete á un general, toda vez que se habia creado una situacion de fuerza que solo con las armas podia combatirse. Aceptada esta indicacion por la reina, se trató de elegir el nuevo presidente del Consejo, y tanto esta señora como D. Luis Gonzalez Brabo se fijaron en el general D. José de la Concha, que se hallaba ligado ya con vínculos estrechos al partido dominante, que estaba solicitando el poder hacia algunos meses, y que habiendo recibido recientemente la investidura de capitán general de ejército, debía suponerse que, ó no aceptaría el nuevo cargo, ó en caso contrario lucharía hasta vencer ó morir.

Aceptó la presidencia del Consejo el general Concha, y saliendo de San Sebastian el 19 de Setiembre llegó al dia siguiente á Madrid, é inmediatamente nombró al conde de Chestre general en jefe del ejército de Cataluña y Aragon, dando el mismo cargo al general Calonge en Castilla la Vieja, Galicia y provincias Vascongadas, y poniendo al frente de Castilla la Nueva y Valencia al marqués del Duero. El mando del ejército de Andalucía fué confiado al marqués de Novaliches, que al pasar D. José de la Concha por Avila se le presentó ofreciéndole sus servicios.

Al mismo tiempo aceptaba el general Concha en nombre de la reina las dimisiones que los anteriores ministros habian anunciado para el caso de que el nuevo presidente quisiera seguir distinta política de la que ellos representaban, encargando del despacho de los negocios en los respectivos departamentos ministeriales á los subsecretarios ó directores más antiguos. El marqués de Roncali, ministro de Estado, siguió con este carácter al lado de la córte.

La reina quiso venir á Madrid, creyendo no sin razon que su presencia era necesaria en la capital, donde tenía su puesto; pero el general Concha, con la autoridad que da siempre á un gobierno el conocimiento del espíritu público y de las fuerzas y modo de ser de los enemigos y de los parciales, la impidió venir, llegando el telégrama del ministro á San Sebastian cuando ya aquella señora se hallaba en el tren.

Los generales nombrados para los mandos en jefe cumplieron con lealtad sus deberes, como igualmente los demás generales y oficiales que estaban á sus órdenes. La insurreccion de Santander fué sofocada por el general Calonge; la de Alicante por el brigadier Aparicio, y la de Alcoy por el general Rentero. El general conde de Chestre respondia del distrito de su mando, como los demás jefes del ejército, y todos ase-

guraban con fundamento que nunca habia sido mejor el espíritu de los cuerpos que no se hallaban unidos á los sublevados. La Revolucion era imponente; tenia muchos elementos de accion, y contaba con generales experimentados y aguerridos, pero estaba localizada y podia ser todavía combatida.

El marqués de Novaliches habia salido para su destino en el momento de obtener el mando del ejército de Andalucía, y la formacion de este empezó á hacerse con actividad.

Entre tanto la Junta revolucionaria de Madrid trataba de organizar los elementos de combate que habia en el pueblo, y como estos eran escasos, pues si bien no faltaban hombres animosos y entusiastas, escaseaban las armas y municiones y no se contaba con un solo soldado, trabajaban con empeño para que nadie se echara á la calle hasta que pudiera hacerse en favorables condiciones. Sin embargo, procuraban sostener el ánimo de los liberales y aumentar las huestes de los hombres de accion, publicando impresos clandestinos, en los cuales se daban las noticias tal y como convenia á la causa que se habian comprometido á defender. En estos impresos, que se titulaban *Boletín de la Revolucion*, no se publicaban ideas de desórden ni se excitaba á la matanza, como en otras ocasiones se ha hecho. En el primer *Boletín*, dado á luz cuando el gobierno no conocia con exactitud los sucesos de Cádiz, se ponian estos en noticia del público y se leian los siguientes párrafos, que merecen consignarse:

«Estad preparados para el combate, pero no lo provoquéis. Probablemente no habrá necesidad de combatir, porque los soldados que viven entre nosotros tambien son liberales y solo esperan una ocasion favorable (1) para unirse al pueblo y á sus compañeros de armas. Esperad, pues, este momento, que no está lejano. Pronto lucirá la aurora de nuestro triunfo, que es el triunfo del derecho, de la justicia y de la libertad, y no, como propalan los enemigos de nuestra santa Revolucion, el dia del pillaje y del incendio. Vosotros hareis ver que sois tan honrados y liberales como siempre. Vosotros sabreis imponer la *pena de muerte* al incendiario y al ladron.»

Era imponente el espectáculo que presentaba en aquellos dias el pueblo de Madrid, que ávido de noticias y excitado por la curiosidad, abandonaba sus habituales tareas para lanzarse á la calle pacífico y majestuoso á esperar el resultado de la crisis gravísima que el país atravesaba.

Por fin llegó el desenlace, que unos deseaban, que te-

(1) Podemos asegurar que esta esperanza no tenia fundamento alguno.





mian otros, y que á la mayoría de los habitantes de la corte sorprendió por lo rápido é inesperado.

El general marqués de Novaliches se hallaba en Montoro el 27 de Setiembre esperando los refuerzos que se le habian ofrecido para empezar con éxito las operaciones. Supo el general Concha que el duque de la Torre habia reconcentrado en Córdoba una respetable division, llegando á la vez á su noticia que el general Prim en su excursion por el Mediterráneo habia logrado apoderarse de Cartagena. Era necesario batir á los sublevados de Andalucía, y el jefe de este ejército recibió un parte del ministro recomendándole la conveniencia de atacar inmediatamente á los enemigos. A la vez recibia el marqués de Novaliches en calidad de parlamentario al Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, que traia una mision del jefe del ejército sublevado, mision que no obtuvo los resultados que se esperaban.

Hé aquí la carta del general Serrano, fecha 27 de Setiembre, y la contestacion que en el acto dió el marqués de Novaliches:

EXCMO. SR. MARQUÉS DE NOVALICHES, CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES.

«Muy señor mio: Antes que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos; antes que se dispare el primer tiro, que seguramente producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á Vd. por medio de esta carta para descargo de mi conciencia y eterna justicia de las armas que la patria me ha confiado.

»Ya supongo que en estas solemnes circunstancias habrá llegado oficialmente á su noticia todo lo que pueda contribuir á ilustrar su juicio acerca del verdadero estado de las cosas. Sin duda Vd. no ignora que el grito de protesta que ha lanzado unánime *toda la armada*, ha sido inmediatamente secundado por las plazas de Cádiz, Ceuta, Santoña, Jaca, Badajoz, la Coruña, el Ferrol, Vigo y Tarifa, y por las ciudades de Sevilla, Málaga, Córdoba, Huelva y Santander, con todas sus guarniciones y todas las fuerzas del campo de Gibraltar, y por otras muchas poblaciones, que, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que habrán tomado ó tomarán las armas con el mismo propósito.

»Dificil es conocer cuál es la mejor manera de servir al país, cuando éste calla ó muestra parcialmente sus deseos; pero hoy habla con voz tan clara y tan solemne, que no es posible que á los ojos de nadie aparezca oscura la senda del patriotismo. Hay especialmente un punto sobre el cual no es lícita la equivocacion; tal es la imposibilidad de sostener lo existente, ó mejor dicho, lo que ayer existia.

»Estoy seguro de que dentro de sí mismo encuentra Vd. la evidencia de esta verdad, y en tal caso no podrá Vd. ménos de convenir conmigo en que la obligacion del ejército es en estos momentos tan sen-

cilla como sublime: consiste solo en respetar la aspiracion universal y en defender la vida, la honra y la hacienda del ciudadano, en tanto que la nacion dispone libremente de sus destinos.

»Apartarle de esta senda es convertirle en instrumento de perdicion y de ruina.

»Las pasiones están afortunadamente contenidas hasta ahora por la absoluta confianza que el país tiene en su victoria; pero al primer conato de resistencia, á la noticia del primer combate, estallarán furiosas y terribles, y el primero que lo provoque será responsable ante Dios y ante la historia de la sangre que se derrame y de todas las desgracias que sobrevengan.

»En presencia del extranjero, el honor militar tiene temerarias exigencias; pero en el caso presente, Vd. sabe tan bien como yo que el honor solo consiste en asegurar la paz y la ventura de los hermanos.

»En nombre de la humanidad y de la conciencia invito á Vd. á que dejándome expedito el paso en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando y no prive á las que le acompañan de la gloria de contribuir con todas á asegurar la honra y la libertad de su patria.

»La consecuencia de los continuos errores que todos hemos sufrido y lamentado, producen hoy indignacion y lástima; evitemos que produzcan horror. ¡Ultimo y triste servicio que ya podemos prestar á lo que hoy se derrumba, por decreto irrevocable de la Providencia!

»Su propio criterio esforzará mis razones; su patriotismo le aconsejará lo mejor.

»Mi enviado D. Adelardo Lopez de Ayala lleva encargo de entregar á Vd. este documento, y de asegurarle la alta consideracion y no interrumpida amistad con que es de Vd su afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.—FRANCISCO SERRANO.

EXCMO. SR. DUQUE DE LA TORRE, CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES.

«Muy señor mio: Tengo en mi poder el escrito que se ha servido Vd. dirigirme por su enviado don Adelardo Lopez de Ayala en el dia de hoy 27, aunque por equivocacion haya puesto en él la fecha del 28.

»Profundo es mi dolor al saber que es Vd. quien se halla al frente del movimiento de esa ciudad, y estoy seguro que en el acto de escribir el documento y antes de recibir mi contestacion, habrá Vd. adivinado cuál habia de ser ésta.

»El gobierno constitucional de S. M. la reina doña Isabel II (q. D. g.) me ha confiado el mando de este ejército, que estoy seguro cumplirá sus deberes, por muy sensible que le sea tener que cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas; esto solo puede evitarse reconociendo todos la legalidad existente, para apartar de nuestra desventurada patria mayores desgracias. La reina y su gobierno constitucional lo celebrarian, y el pueblo, que solo anhela paz, libertad y justicia, abriria su pecho á la esperanza librándose de la pena que hoy le agobia.

»Si lo que es de todo punto improbable, la suerte



no favoreciese este resultado, siempre nos acompañaría á estas brillantes tropas y á mí el justo orgullo de no haber provocado la lucha, y la historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardaría para nosotros una página de gloria.

»El mismo enviado lleva encargo de entregar á Vd. esta respuesta, que debe mirar como la expresion unánime del sentimiento de todas las clases del ejército que tengo el honor de mandar, sin que por esto deje dudar de la alta consideracion y no interrumpida amistad con que es de Vd. afectísimo y seguro servidor Q. S. M. B.—NOVALICHES.—Cuartel general de Montoro 27 de Setiembre de 1868.»

Al leer esta última carta, el general Serrano comprendió que iba á empezar la lucha y se preparó para la resistencia. No se equivocó, porque el marqués de Novaliches recibió en la misma noche del 27 orden de atacar, sin esperar los refuerzos que el ministro había ofrecido y no podrían llegar hasta ocho días despues.

La batalla empezó el día 28, interrumpiéndose al poco tiempo por haber sido herido de gravedad el marqués de Novaliches al querer pasar á la cabeza de su vanguardia el puente de Alcolea, que separaba ambos ejércitos. Suspendióse la batalla sin que ni el mismo general Serrano considerase que la había ganado, toda vez que pidió á Sevilla refuerzos de hombres y pertrechos de guerra. Sin embargo, el ejército sublevado había conseguido un triunfo sobre sus contrarios y era necesario evitar que cundiera el desaliento entre los soldados. Felizmente el espíritu de las tropas era inmejorable y la causa del poder constituido podía salvarse; pero el ministro de la Guerra creyó conveniente suspender las operaciones en Andalucía. Juzgaremos ligeramente este hecho al reseñar los acontecimientos que tuvieron lugar en Madrid el 29 de Setiembre de 1868, último día del reinado de Isabel II.

### III.

Era en Madrid opinion general, desde que el marqués de Novaliches se encaminó hácia Andalucía, que una batalla entre el ejército sublevado y el de la reina decidiría la cuestion, pues la noticia de haber triunfado el duque de la Torre sería la señal de levantarse como un solo hombre todos los pueblos de España en favor de los iniciadores de la Revolucion. Así lo había hecho comprender la Junta Central, que, sea dicho de paso, no obraba en perfecto acuerdo con los jefes de Cádiz ni aun sus individuos estaban conformes entre sí.

Dos días antes de intentarse la batalla de Alcolea, el general Concha conocía perfectamente la organiza-

cion de los trabajos en Madrid (1), y calculando su alcance con alguna exageracion, sin que por eso pretendamos nosotros disminuir su importancia, se decidió á transigir con los revolucionarios si el ejército leal salía derrotado en Alcolea. De aquí su apresuramiento en que la batalla se diera antes de que el marqués de Novaliches reuniese los elementos de fuerza necesarios para asegurar el éxito; de aquí también la desgracia ocurrida al jefe del ejército de Andalucía, que se lanzó al puesto de más peligro para morir como valiente.

Quería el general Concha quedar bien con el vencedor, y para honra del país debemos consignar que solo ha merecido la reprobacion universal.

¿Qué hizo el general Concha para corresponder á la confianza que había merecido de la reina? Quisiéramos no consignarlo en este libro y que pudiera borrarse de la historia de España.

Apenas tuvo noticia de la desgracia ocurrida al bravo marqués de Novaliches, reunió en la noche del 28 al 29 en consejo á los generales marqués del Duero, Mata y Alós, San Roman, Lassala, Puñonrostro, Zapatero, Campuzano y conde de la Cañada, y les expuso cuál era la situacion del país, pidiéndoles consejo y rogándoles tuvieran en cuenta que el país no se levantaba á combatir la insurreccion. Presentada la cuestion en este terreno, el consejo de generales no podía producir resultados favorables. Si el presidente del Consejo hubiera sabido colocarse á la altura de sus deberes, se hubiese limitado á preguntar á los generales si podía contar con su apoyo, haciéndoles observar previamente

(1) Un escritor que por sus relaciones con los hombres del gobierno revolucionario debe estar bien informado, dice, á propósito de este asunto, lo siguiente:

«Desde que se principiaron los primeros trabajos preparatorios para llevar á cabo la Revolucion, en tiempo del ministerio Gonzalez Brabo, y aun en el de Narvaez, varias eran las juntas políticas que en secreto se consagraban dentro de Madrid á dirigir estos trabajos. Las principales que habían funcionado eran tres: la Junta central revolucionaria, que era el alma de todos los trabajos y que permanecía velada por el más impenetrable misterio, y que la componían los Sres. D. José Olózaga, Cantero, Lorenzana, Escalante, Moreno Benitez, Muñoz y Lopez Roberts; la junta progresista, en relacion con la anterior, estaba compuesta por los Sres. Madoz, Figuerola, Rodriguez, Abascal, Rojo Arias, Picatoste, Asquerino, Carratalá, Massa Sangüineti, Cardaño, Santin de Quevedo y otros varios; y por último, la junta democrática, de la que formaban parte los Sres. Rivero, García, Samaniego, García Andrés, García Tejero, Castrovido y otros.

»Estas juntas, que sostenían no interrumpidas relaciones con los emigrados de todos los partidos, con los desterrados de Canarias y con todos los que en las diferentes provincias del reino se preparaban para el levantamiento general, tuvieron exacto conocimiento é intervencion en todos los planes y conspiraciones fraguadas, y sobre todo en la última, para cuyo éxito, como sabemos, se había contado desde luego con la marina de guerra, comprometida por la mediacion del duque de Montpensier.»

Las anteriores noticias deben ser exactas, y en tal caso se ve claramente que no había unidad de miras en la Revolucion, pues á esta unidad se oponía la existencia de tres juntas, que no consta funcionaran armónicamente.



que la Revolucion estaba localizada, y el consejo de generales se hubiera tan solo ocupado de concertar los medios de combate. Pero nada de esto sucedió; el general Concha dijo que era imposible la lucha, que pensaba traer á Madrid al ejército de Andalucía y que él se iba á San Sebastian á resignar sus poderes, dejando el mando de las tropas de Madrid á su hermano D. Manuel de la Concha. De un consejo así preparado solo pudo resultar el compromiso contraido por los generales de ayudar al ministro si este acordaba la resistencia.

D. José de la Concha reunió el consejo con el firme propósito de hacer lo que hizo; entregarse á los revolucionarios. Y prueba nuestra afirmacion el haber dirigido al marqués de Roncali, ministro de Estado, que acompañaba á la reina en San Sebastian, antes de reunirse el consejo de guerra, el siguiente parte telegráfico: «Tengo el sentimiento de anunciar á Vd. que nuestras tropas han sido rechazadas del puente de Alcolea, retirándose sobre el Carpio. General en jefe herido. Almería pronunciado. La columna del brigadier Nanneti rechazada en Béjar. Parte de la provincia de Almería y otros puntos pronunciados. Dificulto se sostenga con esta noticia general Gasset á la presencia de los buques que espera en el Grao. Situacion general gravísima.»

En este parte no se da ni una palabra de consuelo, ni se hace el menor ofrecimiento, ni hay una palabra de cariño y respeto para la reina.

¿Era que el general Concha creia que la Revolucion era justa? En tal caso no debió aceptar el poder.

¿Era que no habia medios de defensa? Creyó mal el consejero responsable, porque contaba con más de 100.000 hombres de ejército regular, con las reservas, con generales decididos y leales y contaba con la indiferencia del país, cuya inmensa mayoría no contestaba al movimiento insurreccional, sin embargo de presentarse este formidable y amenazador.

Entre tanto las autoridades civiles y militares de las provincias no sabian á qué atenerse, ni recibian noticias ni instrucciones de ninguna clase.

Hay en la conducta del general Concha una cosa que nos admira sobre todo, y es la franqueza con que entrega á sus enemigos la causa que debia defender á costa de su sangre. No quiso molestarse, no se le ocurrió siquiera dar paso alguno para cubrir las apariencias, no buscó un pretexto para su falta; por eso no se atrevió á presentarse á la reina para darle cuenta de sus actos; fué un pobre revolucionario á quien ni aun la Revolucion ha querido acoger en su seno.

Larga seria nuestra tarea si hubiéramos de reseñar con todos sus detalles la vida ministerial del último consejero de Isabel II. Copiaremos únicamente, porque tiene gran importancia histórica, la conversacion telegráfica que tuvo el general Concha con el jefe de Estado mayor del ejército de Andalucía, general Sandoval, á las siete de la mañana del 29 de Setiembre.

PREGUNTA DEL MINISTRO.

P. ¿Cómo tienen Vds. colocadas las tropas en este momento?

R. Aquí ocho batallones, toda la caballería, artillería é ingenieros. Echevarría con seis y medio batallones sobre Villafranca. (Aquí padecí equivocacion, pues eran seis y medio batallones en el Carpio y siete y medio en Villafranca.)

P. Cómo queda el espíritu de las tropas?

R. Bueno.

P. ¿Qué fuerzas se calculan al general Serrano?

R. De diez y seis á diez y ocho batallones lo ménos.

P. ¿Cuánta artillería?

R. Creo que de ocho á doce piezas lo ménos.

P. ¿Ha habido algun brigadier ó jefe herido?

R. Brigadier, ninguno, y Estéban, de estado mayor, herido, y Meca, de Estado mayor, herido y en poder del enemigo (ignorábase que hubiera quedado muerto). Todavía no sé con exactitud respecto á más jefes. La pérdida en conjunto por la izquierda del rio, corta, para el fuego de cañon y las condiciones en que se dió el ataque, penetrando en el puente hasta más de su mitad, donde habia zanjas (se decia esto, pero no era cierto), en masa profunda. Las tropas se condujeron hasta aquel momento muy bien; despues se restableció pronto el orden y formacion en los rechazados. La retirada en escalones se verificó sin ser molestados, despues de permanecer más de una hora en las inmediaciones del puente. De la accion sostenida por Lacy, primero, y Echevarría despues, apenas hay detalles; pero como al principio eran solo tres batallones, y los demás llegaron separados á distintas horas, tuvieron siempre notable inferioridad, y no pudieron desalojar al enemigo, ni aun quebrantarle.

P. ¿Llegó toda nuestra artillería? ¿En qué número era la suya?

R. La nuestra jugó toda y consumió su dotacion de municiones: la del enemigo creo yo no bajaba de doce piezas; pero hay quien cree estaba todo el segundo regimiento montado. La nuestra jugó muy bien; pero la posicion del enemigo era muy cubierta y nuestras granadas no reventaban. La rebelde jugó con grande actividad y direccion, pero fuimos afortunados por el poco daño que nos causó. Parece que los jefes y oficiales del arma, los de Estado mayor y otros institutos, asistieron. Mandaba en jefe el duque de la Torre.

P. ¿Tienen Vds. mucho material del ferro-carril para trasportar tropas?

R. Aquí, poco, falta carbon, que ya se pidió por el inspector.

P. ¿Podrán sostener la retirada por la caballería,